

Los «nuevos destinatarios» de la evangelización

JOSÉ MARÍA PÉREZ NAVARRO*

Sabemos que el Evangelio está destinado a todos los hombres, porque todos son llamados al destino eterno en la vida con Dios. Como bien escribe *Catechesi Tradendae*, todo ser humano tiene «derecho» a recibir el mensaje de Jesús:

«Como Cristo durante el tiempo de su predicación, como los Doce en la mañana de Pentecostés, la Iglesia tiene ante sí una inmensa muchedumbre humana que necesita del Evangelio y tiene derecho al mismo, pues Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad»¹.

Esta idea también está muy clara en las palabras que el final del Evangelio de Mateo pone en boca de Jesús resucitado:

«Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 19-20).

El Concilio Vaticano II, en su Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, teniendo en cuenta el texto bíblico anterior, afirma con claridad y rotundidad:

* Profesor del Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas «San Pío X».

¹ CT 57.

«Este solemne mandato de Cristo de anunciar la verdad salvadora lo recibió la Iglesia de los apóstoles con el encargo de realizarlo hasta los confines de la tierra. Por eso hace tuyas las palabras del Apóstol: ¡Ay de mí, si no evangelizare!»².

El encargo de Jesús aparece recogido con claridad en los textos bíblicos y conciliares: la Iglesia es enviada a todo el mundo a proponer el Evangelio a miles de millones de personas que no han oído hablar de Jesucristo. Es la primera tarea de la Iglesia.

Sin embargo, esto que está muy bien a nivel teórico encuentra infinidad de problemas a nivel práctico, especialmente en nuestro mundo occidental donde parece que dentro del marco general de crisis total en el que vivimos se detecta una crisis religiosa y, más en concreto, una crisis del cristianismo muy profunda. En la literatura religiosa de los últimos años asistimos a multitud de análisis con tinte pesimista, expresiones fuertes y duras: crisis de Dios, eclipse de Dios³, verdadera catástrofe, invierno, demolición..., e incluso algunos se aventuran a vaticinar «negros presagios» para el cristianismo en Occidente, como es el caso del teólogo J. M. Tillard que publicó uno de sus últimos libros con el significativo título de: *¿Seremos los últimos cristianos?*

Desde hace tres décadas la literatura oficial de la Iglesia no ha dejado de hablar del problema con términos como «evangelización», «nueva evangelización», «primera evangelización», «primer anuncio», «reiniciación»

² LG 17.

³ La literatura religiosa de estos últimos años recuerda insistentemente estos problemas de transmisión de la fe a las nuevas generaciones en la sociedad occidental. En lengua castellana, destacamos los siguientes autores: L. González Carvajal, *Evangelizar en un mundo postcristiano*, Sal Terrae, Santander 1993; J. Martín Velasco, *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, Sal Terrae, Santander 2002; A. Torres Queiruga, *Fin del cristianismo premoderno. Retos hacia un nuevo horizonte*, Sal Terrae, Santander 2000; J. M. Mardones, *La indiferencia religiosa en España. ¿Qué futuro tiene el cristianismo?*, HOAC, Madrid 2003

«misión»... Parece ser que fue el Sínodo de la Evangelización y el documento posterior *Evangelii Nuntiandi* quienes abrieron el camino y llamaron la atención sobre el problema de la transmisión de la fe en nuestra sociedad occidental. Es famoso el texto de *Evangelii Nuntiandi*:

«Nosotros queremos confirmar, una vez más, que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia»⁴.

A estos documentos iniciales podemos añadir los grandes textos sobre la catequesis y la evangelización: *Catechesi Tradendae* (1979), *Redemptoris Missio* (1990), el *Directorio General para la Catequesis* (1997) y las exhortaciones postsinodales sobre cada continente, donde es de destacar, por lo que nos atañe, la reciente *Ecclesia in Europa* (2003)⁵, fruto del trabajo del Sínodo de 1999. En las Iglesias locales también este tema ha sido tratado abundantemente, especialmente en los países en donde los fenómenos de secularización y descristianización han sido más acelerados⁶.

Sin embargo, la abundante literatura no ha dado los resultados apetecidos, como indica Juan Martín Velasco:

«Llevamos dos o tres décadas proclamando que es la hora de la evangelización, de la «nueva evangelización», pero todo se queda en ríos de palabras y discursos, y la evangelización no progresa, porque somos incapaces de poner a la Iglesia, de ponernos a nosotros mismos en estado de evangelización»⁷.

⁴ EN 14.

⁵ Las anteriores son: *Ecclesia in África* (1995), *Ecclesia in América* (1999), *Ecclesia in Asia* (1999) y *Ecclesia in Oceanía* (2003)

⁶ En este sentido destaca especialmente el lúcido análisis y las propuestas de los obispos franceses en: *Les évêques de France, Proposer la Foi dans la société actuelle*, Cerf, París 1997 (trad. castellana: «Proponer la fe en la sociedad actual. Carta de la Conferencia Episcopal Francesa a los católicos de su país», en *Ecclesia*, 2835-2836 (1997), 512-537). En España, el *Plan de acción de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis*. Trienio 2002-2004, EDICE, Madrid 2002.

⁷ J. Martín Velasco, *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, 19.

Y, ¿qué es ponerse en estado de evangelización?

- Una actitud de simpatía y de comprensión frente al mundo de hoy y a las personas que lo componen. Todavía en muchos sectores eclesiales hay un discurso negativo y pesimista respecto a la cultura y el mundo. Todos los males de la evangelización son causa de lo «externo». Falta una literatura más «autocrítica» en la Iglesia.
- Revisión valiente del proceso de iniciación cristiana, que no inicia sino que concluye, y opción por proyectos pastorales renovados.
- Opción por un nuevo tipo de comunidad cristiana, espacio de fraternidad con relaciones profundas y auténticas. Comunidades vivas y convincentes.
- Una acción misionera «ad extra» a través de la cercanía, la proximidad, el respeto, la tolerancia, el diálogo y el testimonio con nuestros contemporáneos que son, a fin de cuentas, destinatarios de nuestra evangelización.
- Una acción misionera y pastoral «ad intra» que apunte a la conversión de los bautizados, hacia un cristianismo maduro, en definitiva, hacia «creyentes» con fe personalizada, por encima del «fiel practicante», propio de una pastoral de cristiandad.

Vamos a centrarnos en desarrollar con más detención estos puntos a través de un análisis de los diversos destinatarios que se nos presentan en estos momentos; después, analizaremos las actitudes que debemos tener ante estos destinatarios y, por último, la importancia del anuncio explícito de Jesucristo.

1. LOS DIVERSOS DESTINATARIOS

Todos somos destinatarios de la evangelización. Sin embargo, existen diversos grupos con sus características y problemáticas especiales que exigen diversos métodos. Destacamos a continuación seis grupos distintos: personas que no conocen a Jesucristo, niños bautizados no suficientemente evangelizados, los que quieren volver a la fe, los bautizados no convertidos, los judíos, los cristianos comprometidos.

Personas que no conocen a Jesucristo

Ecclesia in Europa sólo dedica un número a preocuparse de estos destinatarios, concretamente el número 46:

«En varias partes de Europa se necesita un primer anuncio del Evangelio; crece el número de personas no bautizadas, sea por la notable presencia de emigrantes pertenecientes a otras religiones, sea porque también los hijos de familias de tradición cristiana no han recibido el Bautismo, unas veces por la dominación comunista y otras por la indiferencia religiosa generalizada. De hecho, Europa ha pasado a formar parte de aquellos lugares tradicionalmente cristianos en los que, además de una nueva evangelización, se impone en ciertos casos una primera evangelización»⁸.

El número 46 habla, por lo tanto, de personas pertenecientes a otras religiones y personas de familia de tradición cristiana, pero no bautizada.

Por la experiencia de tantos misioneros es difícil poder anunciar el Evangelio a personas de las grandes religiones no cristianas. En nuestra sociedad occidental, multicultural y multirreligiosa gracias a la inmigración, la propuesta del Evangelio resulta muy difícil y complicada ya que muchos de los posibles destinatarios de este primer anuncio no tienen necesidad de otra

⁸ EE 46.

religión. Estas religiones se identifican con tradiciones familiares y culturales y el paso al cristianismo supone para ellos una traición. Algunas religiones como el Islam consideran al cristianismo como una religión superada por la perfección de su propia religión. Ante esta realidad nuestro anuncio más significativo debe ser la tolerancia, el respeto y el testimonio evangélico⁹.

En el segundo grupo se encuentran aquellas personas que, perteneciendo a la tradición cristiana, no están bautizadas. En estos últimos años se está dando un fenómeno cada vez más frecuente en Europa: niños sin bautizar o sin primera evangelización que piden por diversos motivos la primera comunión. En España este acontecimiento no es tan normal debido a que todavía se sigue manteniendo la tradición y la mayoría de los padres llevan a bautizar a los hijos recién nacidos. Pero ya podemos contar con algunos casos. Se está intentando dar una respuesta pastoral. En muchas ocasiones estas respuestas parecen muy improvisadas debido a la falta de costumbre¹⁰. La sacramentalización de estos niños puede ser una buena oportunidad pastoral para evangelizar a los niños y, por qué no, a los padres¹¹.

⁹ Sobre este tema se está produciendo un debate en las escuelas católicas ante la presencia cada vez más numerosa de niños y jóvenes de otras culturas y religiones. Quizá se tenga que pensar en nuevas respuestas ante este fenómeno cada vez más frecuente.

¹⁰ En este sentido hay que destacar la nota de la Comisión Episcopal de Liturgia, «La iniciación de los niños no bautizados en edad escolar», *Boletín Oficial de la Conferencia Episcopal Española*, 36 (1992), pp. 231-235. Conferencia Episcopal Española, *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones*, EDICE, Madrid 1998 nn. 134-138, 98-101.

¹¹ Hay experiencias muy interesantes, como, por ejemplo, este testimonio recogido en Francia: «Isabel, 40 años. Casada. Cuatro hijos... Nacida en una familia católica practicante. Después de la crisis, se produce la ruptura... Nace el primer hijo, la cuestión del bautismo se pone sobre la mesa. No hay relación con ninguna comunidad cristiana, por lo tanto, no hay bautismo. Nacen los hijos y ninguno se bautiza, pero, al cabo de los años, son los dos mayores quienes por influencia de sus compañeros piden ser bautizados. Gracias al encuentro con una parroquia acogedora, los dos mayores son inscritos en el catecismo. El sacerdote pide a Isabel que acompañe a sus hijos. La fiesta del bautismo se convierte en el nuevo descubrimiento de la vida en la Iglesia. [Cf. V. Wicker, N. Guerin, L. Douret, «Itinéraires», en *Catéchèse*, 35 (1995), n. 139, 17-26].

Pero lo más normal es que estas personas no bautizadas no tengan ningún contacto con la fe. A este respecto, es de destacar la existencia de esas generaciones perdidas para la fe nacidas con la democracia, a partir de 1976, y que no han tenido ningún tipo de socialización religiosa, debido a la abstención familiar¹², el vacío escolar y la falta en las parroquias de transmisores de la generación anterior, cercanos a su edad. En estos últimos años ha crecido sobremanera la indiferencia en la juventud¹³, caracterizada por la falta de trasfondo religioso y memoria cristiana, con alergia a la Iglesia Institucional, fuerte valoración de las propias convicciones, el rechazo de normas rígidas y, casi siempre, inestabilidad y relativismo grandes. También la indiferencia de los adultos ha aumentado debido al deslizamiento previsible desde la posición de católico no practicante.

Estos grupos de personas presentan graves problemas para la evangelización. La Iglesia ya no entra en la mayoría de ambientes juveniles. La Iglesia ha perdido desde hace muchos años posibilidades evangelizadoras en ciertos lugares como pueden ser el mundo obrero, determinados ambientes universitarios, políticos, rurales... Y las escasas presencias eclesiales son vistas con sospechas y recelos por parte de muchos¹⁴. Además, el diálogo con indiferentes presenta muchas dificultades ante la escasez de puntos de encuentro. No podemos olvidar el consejo de Jesús a sus primeros discípulos cuando les dice que ante las personas que, después de intentar predicarles el mensaje, no siguen el anuncio evangélico, es preferible ir a la aldea vecina.

¹² La debilidad de la socialización religiosa va unida a la influencia o, mejor, no influencia de la primera generación de padres secularizados, que ya no transmiten ideas ni actitudes religiosas a sus hijos (J. Elzo, *Jóvenes españoles 99*, SM, Madrid 1999, 314).

¹³ Que entre 1994 y 1999 los adolescentes que han aterrizado en el planeta de los jóvenes (15 a 29 años) lo han hecho con un capital religioso notablemente disminuido (Ib., 314).

¹⁴ Es interesantísimo leer los testimonios de Manuel Sánchez (sindicalista), Chelo Gómáriz (trabajadora) y Javier Madrazo (político) en el libro: C. García de Andoin, *El anuncio explícito de Jesucristo*, HOAC, Madrid 1997, 103-126.

«En la ciudad en que entréis y no os reciban, salid a sus plazas y decid: “Hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado a los pies, os lo sacudimos. Pero sabed, con todo, que el Reino de Dios está cerca”» (Lc 10, 10-11).

Los niños bautizados no suficientemente evangelizados

Si hablábamos antes de los niños no bautizados que se presentan a recibir los sacramentos de iniciación, también hay que contar como destinatarios de esta nueva evangelización a los niños bautizados pero no suficientemente evangelizados.

Aunque el Derecho Canónico marca unas normas concretas para la administración del sacramento, entre las que se encuentra que los padres o padrinos ofrezcan alguna seguridad para que al niño se le dé una educación cristiana¹⁵, la realidad concreta y palpable nos ofrece un panorama desalentador: aunque existen padres y padrinos que cumplen excelentemente su labor catequística, en muchos casos nos encontramos con que la mayoría de los niños bautizados que acuden a las escuelas o a las parroquias pueden ser considerados de primera evangelización porque no han recibido el primer anuncio en la familia. Algunos catequistas o maestros cristianos de escuelas se sienten asombrados ante el desconocimiento absoluto de los símbolos cristianos más elementales por parte de los niños. Algunos materiales empleados en parroquias para la primera comunión o para la clase de religión en la escuela (la cristiana también) son inadecuados porque presuponen una transmisión de la fe realizada en familia.

¹⁵ «Los padres del niño que va a ser bautizado, y asimismo quienes asumirán la función de padrinos, han de ser convenientemente ilustrados sobre el significado de este sacramento y las obligaciones que lleva consigo» (CDC 851.2). «Que haya esperanza fundada de que el niño va a ser educado en la religión católica; si falta por completo esa esperanza, debe diferenciarse el bautismo, según las disposiciones del derecho particular, haciendo saber la razón a sus padres» (CDC 868.2).

Por otra parte, la confirmación también presenta su problemática. Ya no tenemos las cifras tan abundantes de confirmaciones como hace unas décadas. Algunos chicos no quieren confirmar públicamente su fe, con el consiguiente disgusto de algunos padres que han dado un buen testimonio cristiano y una sólida educación cristiana a sus hijos y se muestran tristes e impotentes cuando ven que van por otro camino. Pero existe la sensación de que los que se confirman no saben o no entienden lo que hacen y no se produce un verdadero asentimiento real. Lo que se pone de relieve por la falta de permanencia en la comunidad eclesial¹⁶ y la falta de compromiso explícito.

Los niños, adolescentes y jóvenes bautizados que se presentan a recibir los sacramentos de iniciación, quizá por tradición, son sujetos de primera evangelización, y necesitan una iniciación catecumenal que muchas veces choca con las presiones y oposición de los propios padres (necesitados ellos también de primera evangelización) y de algunos responsables eclesiales.

Ecclesia in Europa nos presenta algunas pistas de cara a este trabajo con los jóvenes:

«Hace falta renovar la pastoral juvenil (...). Es necesario, además, dotarla de mayor organicidad y coherencia, escuchando pacientemente las preguntas de los jóvenes, para hacerles protagonistas de la evangelización y edificación de la sociedad. En este quehacer hay que promover ocasiones de encuentro entre los jóvenes, para favorecer un clima de escucha recíproca y oración»¹⁷.

¹⁶ Se está dando en los últimos años en algunas diócesis españolas un fenómeno consistente en adelantar lo más posible la edad del sacramento de la confirmación. Teniendo en cuenta los datos que nos indican que la madurez se retrasa cada vez más, incluida la madurez en la fe, ¿no estamos haciendo lo contrario de lo que se debería hacer?

¹⁷ EE 62.

Los que quieren volver a la fe

Existe un grupo de personas cada vez más numeroso que han nacido en un marco cristiano; algunos de ellos quizá han sido bautizados, pero, al cabo de los años, han abandonado el cristianismo sin haberlo conocido verdaderamente. Pueden haber participado en catequesis de primera comunión o en la catequesis de confirmación, pero llegó un momento en que por diversas causas abandonaron la fe.

Algunas de estas personas reencuentran el camino de la fe y quieren «recomenzar». Es un fenómeno muy conocido en países tan secularizados como Francia¹⁸ y que comienza a darse en España. Como decía hace muchos años *Evangelii Nuntiandi* estas personas son destinatarias de la primera evangelización y objeto de nuestra atención pastoral:

«Aunque este primer anuncio va dirigido de modo específico a quienes nunca han escuchado la Buena Nueva de Jesús o a los niños, se está volviendo cada vez más necesario, a causa de las situaciones de descristianización frecuentes en nuestros días, para gran número de personas que recibieron el bautismo, pero viven al margen de toda vida cristiana; para las gentes sencillas que tienen una cierta fe, pero apenas conocen los fundamentos de la misma; para los intelectuales que sienten necesidad de conocer a Jesucristo bajo una luz distinta de la enseñanza que recibieron en su infancia, y para otros muchos»¹⁹.

¹⁸ En Francia, los estudios sobre los llamados *recommençants* son abundantes; entre los más importantes podemos destacar: H. Bourgeois, *À l'appel des recommençants*, Les Éditions de l'Atelier, París 2001; M. Hebrard, *Les nouveaux convertis*, Presses de la Renaissance, París 2003; M. Jabot, «Colloque sur les «recommençants» en BICNER, 165 (1999) 31-34; H. Bourgeois, «Une réalisation avec et pour des recommençants», *Catéchèse*, 139 (1995), 85-89.

¹⁹ EN 52.

Estas personas nos pueden ofrecer datos muy interesantes de cara a nuestra labor evangelizadora. Uno de los últimos números de la revista *Sal Terrae* lo dedica a este tema, «Los que vuelven a la fe»²⁰, y nos ofrece unos datos muy aprovechables de cuáles son las razones por las que estas personas se marcharon, por qué vuelven y cuál debe ser la actitud de la Iglesia ante ellos.

Pagola sintetiza en seis razones las que han conducido al alejamiento de la fe²¹:

- *Deslizamiento inconsciente hacia la indiferencia.* La fe de los primeros años se les quedó corta. Sin darse cuenta se olvidaron de su fe.
- *Distanciamiento de la práctica religiosa.* La religión era una práctica ritual vivida de manera externa y mecánica. No les resultó nada difícil abandonarla.
- *Crisis moral.* Las ideas de la Iglesia en materia moral son estrechas y anticuadas. Dios les resultaba un estorbo para disfrutar de la vida.
- *Conflicto con la Iglesia.* Desacuerdo profundo con su actuación, percibida como intolerante, rigorista, poco comprensiva y misericordiosa, machista. Decepcionados, se fueron marchando
- *Crisis ideológica.* Una formación científica de carácter agnóstico, un ambiente hostil a lo religioso, la militancia en un partido impregnado de ideología contraria a la fe, les alejaron.

²⁰ Es el número del mes de diciembre del año 2002. Destacamos dos artículos: J. A. Pagola, «¿Por qué se marchan y por qué vuelven?» (pp. 903-915), y J. Martín Velasco, «Las comunidades cristianas, relato de Dios para los que vuelven a la fe» (pp. 917-928).

²¹ Cf. J. A. Pagola, «¿Por qué se marchan y por qué vuelven?», pp. 908-909.

- *Descuido de la fe.* Todo empieza con la dejación y el descuido de la religión. Muchas actividades, problemas, relaciones, centros de interés..., la persona va descuidando lo religioso.

Con menos claridad, Pagola indica las razones de su vuelta²²:

- *Algunas experiencias dolorosas o negativas:* crisis fuerte de pareja, la muerte de un ser querido, una enfermedad grave, la pérdida de un puesto de trabajo...
- *Algunas experiencias estimulantes:* el nacimiento de un hijo largamente esperado, la conversación con algún creyente, la lectura de algún libro, el paso a la jubilación, la visita a una iglesia o monasterio, el Camino de Santiago...

Y estos que «vuelven» nos ofrecen pistas para la acción evangelizadora: buscan comunicarse con alguien, no les importa pertenecer a un grupo para compartir su búsqueda con otros, casi todos piden ayuda y apoyo para conocer mejor la fe. No se acercan para retomar las creencias y prácticas de otros tiempos, sino para buscar algo más auténtico de lo que conocieron. Su búsqueda se enmarca no tanto en lo doctrinal o institucional cuanto en la experiencia espiritual. Desean otra Iglesia más auténtica y más creativa²³.

Los bautizados no convertidos

En este grupo nos encontramos a ese gran grupo de bautizados que tuvieron una fe inicial recibida en los primeros años. Algunos la evocan como un periodo tranquilo y feliz: su experiencia religiosa fue satisfactoria, son los menos; los más no guardan buenos recuerdos. Hablan de malos recuerdos como aburrimiento, obligación de ir a misa, experiencias desagradables

²² Cf. *ib.*, 911.

²³ Cf. *ib.*, 912-913.

como la confesión... Vivían ya un alejamiento que culminó en el periodo de la adolescencia y la juventud con el abandono total de la Iglesia y la fe.

No es un grupo pequeño. Los más representativos oscilan entre los 20 y 50 años. Todavía por tradición o quizá por algún rescoldo de la fe participan en celebraciones litúrgicas puntuales como bautismos, primeras comuniones, matrimonios, funerales... Tal vez incluso llevan a sus hijos a un colegio cristiano por motivos no estrictamente religiosos.

Cuando los sinodales se reunieron en el Sínodo del 99 sobre Europa, este tipo de destinatarios estuvo muy presente en los discursos de los ponentes:

«El problema primero y fundamental se refiere a nosotros cristianos y a nuestra fe: ¿Hasta dónde somos “cristianos”, es decir, hasta dónde creemos en Jesucristo presente entre nosotros y para nosotros? El problema misionero más serio que tenemos no se refiere principalmente a los no cristianos y a los no bautizados; los mismos cristianos deben ser ayudados a creer más en el Señor Jesús. En la Europa de hoy, la prioridad no consiste tanto en “bautizar a los convertidos”, como en el “convertir a los bautizados”»²⁴.

Esta idea expresada en el Sínodo es prácticamente seguida al pie de la letra por *Ecclesia in Europa*:

«“Pero cuando el Hijo del Hombre venga, ¿encontrará fe sobre la tierra?” (Lc 18,8). ¿La encontrará en estas tierras de nuestra Europa de antigua tradición cristiana? Es una pregunta abierta que indica con lucidez la profundidad y el dramatismo de uno de los retos más serios que nuestras Iglesias han de afrontar. Se puede decir –como se ha subrayado en el Sínodo– que tal desafío consiste frecuentemente no tanto en bautizar a los nuevos convertidos, sino en guiar a los bautizados a convertirse a Cristo y a su Evangelio».²⁵

²⁴ Intervención del cardenal Dionigi Tettamanzi en el Sínodo, y recogido en un número especial de la revista *Misión abierta* dedicado a este acontecimiento, con el título: «Soñar la esperanza, construir Europa», *Misión abierta*, 10 (1999), 25.

²⁵ EE 47.

¿Cómo actuar ante el fenómeno de este tipo de bautizados no convertidos? No hay muchas posibilidades de que escuchen de nuevo el mensaje de Jesús. Solamente algunos se acercan en contadas y aisladas celebraciones litúrgicas. En esta época la liturgia es una magnífica oportunidad para ser un auténtico lugar de iniciación en la fe. Descontando ciertas honrosas excepciones, la idea que se tiene es que las celebraciones, las misas, son soporíferas, aburridas, poco interesantes... Es muy importante cuidar al máximo las celebraciones religiosas, de modo que su belleza, la vivacidad de los grandes símbolos de la existencia humana, todo el entorno de cordialidad y humanidad, puedan impresionar y fascinar a los no cristianos que puntualmente participan o al menos crear en ellos actitudes de simpatía.

Son fundamentales, asimismo, las palabras que se dirigen a los oyentes durante estas celebraciones y que pueden constituir un primer puente para contactos de intereses religiosos posteriores.

En este sentido hay ciertas experiencias que utilizan las celebraciones como elemento clave para recuperar a ciertos cristianos bautizados pero alejados de la fe²⁶.

Al mismo tiempo, algunas de estas personas acuden «obligadas» al cursillo de preparación al matrimonio o a la preparación de padres y padrinos para el bautismo del hijo. Los temas tratados, la acogida, quiénes sean los responsables de la animación²⁷, el intercambio en los grupos, la relación entre los participantes son claves para enganchar a los destinatarios en estos encuentros y poder así continuar quizá con una futura reevangelización.

²⁶ En este sentido es interesante la experiencia de la Parroquia «La cena del Señor» y que aparece explicada en el artículo: J. García Herrero, «La celebración como reencuentro: recuperar la comunión», *Sal Terrae*, 90 (2002), n. 1062, 929-936.

²⁷ En varias parroquias han decidido incluir como responsables de la animación de los cursillos prematrimoniales y los cursillos de preparación al bautismo a matrimonios laicos comprometidos. Su presencia constituye una aportación muy rica al transmitir su propia experiencia desde el matrimonio y la paternidad.

¿Siguen siendo los judíos destinatarios del anuncio?

Siguen siendo destinatarios del anuncio evangélico. En nuestra sociedad española ocupan un lugar muy restringido. Fueron los primeros destinatarios del mensaje, pero no lo acogieron y no llegaron a reconocer a Jesucristo como el Mesías prometido. Desde el Concilio Vaticano II el diálogo judeo-cristiano ha mejorado mucho. Constituyen, sin embargo, al estilo del Islam una religión que se sitúa en lo más profundo de la cultura y la tradición de sus pueblos y son poblaciones donde el mensaje evangélico encuentra poco eco.

El *Directorio General para la catequesis* dedica uno de sus números a este tema:

«Atención especial ha de darse a la catequesis en relación con la religión hebraica. En efecto, la Iglesia, Pueblo de Dios en la Nueva Alianza, al escrutar su propio misterio, descubre su vinculación con el pueblo judío a quien Dios ha hablado primero, antes que a otros pueblos.

La enseñanza religiosa, la catequesis y la predicación han de formar no sólo para la objetividad, la justicia y la tolerancia, sino también para la comprensión y el diálogo. Nuestras dos tradiciones están demasiado emparentadas como para ignorarse. Es necesario fomentar un conocimiento recíproco en todos los niveles. En particular, un objetivo de la catequesis ha de ser la superación de toda forma de antisemitismo»²⁸.

Los cristianos comprometidos

Para finalizar esta lista de destinatarios hay que concluir con los que nos consideramos militantes y comprometidos en la Iglesia. Quizá no seamos muchos. No importa.

²⁸ DGC 199.

Todos tenemos nuestro propio itinerario. Nuestro crecimiento y madurez en la fe no termina nunca. Seguimos siendo destinatarios de la evangelización y debemos madurar en la fe en todas sus dimensiones: intelectual, afectiva y operativa para alcanzar la adultez cristiana. El cristiano del futuro debe tener una fe personalizada y libre, una fe sin rasgos infantilizantes y acríticos; una fe con sentido de Iglesia, con voluntad de pertenencia y participación responsable, con relativa autonomía y espíritu crítico constructivo; un creyente solidario y comunitario; un creyente no «espiritualista», sino encarnado y comprometido, con fuerte vigor moral; un creyente capaz de diálogo, abierto a la aceptación del otro²⁹. Y éste es un camino que hay que recorrer.

2. UN «NUEVO TALANTE» PARA EVANGELIZAR A LOS «NUEVOS DESTINATARIOS»

Para realizar la evangelización, todos los grandes documentos eclesiales que han tratado este tema recuerdan la importancia del testimonio de los propios cristianos. Así nos lo recuerda *Evangelii Nuntiandi*:

«La Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio»³⁰.

Y *Redemptoris Missio* dice:

«El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros»³¹.

Y *Ecclesia in Europa* indica que una condición previa y necesaria para una primera evangelización es el testimonio de los propios cristianos. A lo largo

²⁹ Todos estos rasgos se encuentran más desarrollados en el libro: E. Alberich, *Catequesis evangelizadora. Manual de catequética fundamental*, CCS, Madrid 2003.

³⁰ EN 21.

³¹ RM 42.

del capítulo quinto: «Servir al Evangelio de la esperanza», desarrolla una serie de acciones concretas basadas en la caridad y el amor. Podemos leer:

«El reto para la Iglesia en Europa de hoy consiste en ayudar al hombre contemporáneo a experimentar el amor de Dios Padre y de Cristo en el Espíritu Santo, mediante el testimonio de la caridad, que tiene en sí misma una intrínseca fuerza evangelizadora»³².

Pero para que se pueda dar ese testimonio el evangelizador y los cristianos debemos estar presentes en lugares donde están las personas («Id y haced discípulos»)³³, con una actitud de apertura, capacidad de estima, de relaciones profundas, de conocimiento amplio de su cultura.

En el Sínodo del 99 se tomó como Evangelio motivador de aquellos días el texto de «Los discípulos de Emaús». Timothy Radcliffe, en esos momentos Maestro General de los Dominicos, en su breve intervención en el aula sinodal hizo un comentario magnífico de este texto evangélico y dijo en un momento de su intervención:

«Jesús camina con ellos (discípulos de Emaús), acepta su hospitalidad. La Iglesia tendrá autoridad sólo si compartimos los viajes de la gente, si nos conmovemos con sus desilusiones, sus preguntas y sus dudas. A menudo hablamos sobre la gente: las mujeres, los pobres, los emigrantes, los divorciados, los que abortan, los prisioneros, los afectados por el sida, los homosexuales, los toxicodependientes. Pero nuestras palabras sobre Cristo no tendrán autoridad a no ser que demos autoridad a su experiencia, aprendamos su lenguaje, aceptemos sus dones»³⁴.

³² EE 84.

³³ También habría que tener en cuenta el «Venid y veréis». Se trata de un doble movimiento, aunque nos vamos a centrar en el primero.

³⁴ Sínodo 99. «Religiosos y oyentes». Intervenciones en *Misión abierta*, 10 (1999), 29.

Esta presencia en la vida de la gente, necesaria y fundamental, pone sobre el tapete varios problemas importantes de nuestra praxis eclesial; entre ellos destacamos: la frecuente condenación hacia ciertas culturas, usos y costumbres de los hombres de nuestro tiempo; la falta de tiempo para el acompañamiento de las personas; el horario de religiosos/as y sacerdotes vinculado a un determinado modelo de vida y de comportamiento y sujeto a un horario de trabajo y de oración que tal vez va en sentido anti-horario respecto de la gente; que nuestra única relación con los hombres de hoy sea en momentos de culto y de trabajo y no en la vida normal de las personas que está llena de relaciones sociales e interpersonales...

A veces, en la Iglesia existe la tentación de creernos que evangelizamos con los grandes medios de comunicación, las grandes manifestaciones, los números abundantes. Creo que así es difícil evangelizar. Se evangeliza desde la acogida, la cercanía y el acompañamiento. J. Martín Velasco indica:

«A este respecto, confieso que no sé cómo interpretar, ni me atrevo a valorar, los muchos esfuerzos que se hacen, en una Iglesia ya minoritaria y notablemente envejecida, por convocar a los fieles, aprovechando toda clase de ocasiones, a hacer acto de presencia masiva y dejar constancia —o dar la impresión mediante un hábil manejo de los medios de comunicación— de unas fuerzas que después parecen esfumarse al contacto con la vida diaria. Parece como si olvidásemos que las semillas no están para ser expuestas en grandes montones, sino para ser esparcidas por los campos del mundo y germinar en nuevas formas de vida en la sociedad»³⁵.

Ecclesia in Europa habla de esta cercanía al decir que cada una de las comunidades cristianas debe ofrecer itinerarios espirituales diversificados atendiendo a las diversas edades y condiciones de vida, dando especial importancia al acompañamiento personal³⁶.

³⁵ J. Martín Velasco, *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, 139.

³⁶ Cf. EE 51.

3. ANUNCIAR EL BIEN MÁS PRECIOSO QUE LA IGLESIA PUEDE OFRECER: LA FE EN JESUCRISTO

La exhortación apostólica *Ecclesia in Europa* manifiesta que:

«En la Asamblea Sinodal se ha consolidado la certeza, clara y apasionada, de que la Iglesia ha de ofrecer a Europa el bien más precioso y que nadie más puede darle: la fe en Jesucristo, fuente de la esperanza que no defrauda, don que está en el origen de la unidad espiritual y cultural de los pueblos europeos, y que todavía hoy y en el futuro pueden ser una aportación esencial a su desarrollo e integración»³⁷.

¿Estamos convencidos los agentes misioneros y evangelizadores que tenemos un gran tesoro que transmitir? ¿Estamos convencidos íntimamente que no podemos guardar bajo llave algo tan valioso?

A pesar de las múltiples dificultades con las que nos encontramos para evangelizar en nuestras sociedades, el testimonio no es suficiente, se necesita con fuerza el anuncio explícito, verbal, acerca del Evangelio.

«El testimonio se revelará a la larga impotente si no es esclarecido, justificado, explicitado por un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús»³⁸.

Este texto tan clarividente de Pablo VI no corresponde a una mentalidad muy extendida por muchos lugares de nuestra Europa Occidental, según la cual no se debe decir nada de nuestra fe. Mucha acción y mucho respeto a otras religiones y culturas, pero sin preocupación por el anuncio del Evangelio.

Fernando Sebastián trata este tema en su colaboración «Hablar de Dios en la Iglesia del futuro»; en una reciente obra colectiva denunciaba:

³⁷ EE 18.

³⁸ EN 22.

«Con el respeto que me merecen tengo que decir que en más de una ocasión, cuando oigo las declaraciones de los misioneros o misioneras del Tercer Mundo, me sorprende su lenguaje absolutamente laico, la descripción laicista y exclusivamente existencial de sus tareas, de manera que uno no sabe si son misioneros de la Iglesia católica o asistentes sociales enviados por la UNESCO o por la FAO. Sin duda que estos misioneros hacen todo eso por amor, pero no lo dicen, y de esta manera Dios queda nuevamente silenciado»³⁹.

Tenemos que descubrir que el anuncio del Evangelio con vistas a la conversión es la primera y principal actividad de la Iglesia, su razón de ser. La Iglesia se constituye misionando y anunciando el Evangelio. Una comunidad cristiana se edifica, ante todo, testimoniando el Evangelio, y el anuncio explícito es algo fundamental. No debemos desanimarnos ante los nuevos destinatarios que ofrecen, sin duda, muchas dificultades. No podremos impulsar la misión desde actitudes negativas como el victimismo, la pasividad o la evasión. La Iglesia, animada por el Espíritu de Jesús, tiene suficientes recursos para vivir de manera evangélica esta situación y transmitir con ilusión y esperanza a Jesús resucitado.

³⁹ O. González de Cardedal (ed.), *La Iglesia en España. 1950-2000*, PPC, Madrid 1999, 253.